

El Magisterio Balear

SEMANARIO DE PRIMERA ENSEÑANZA

ÓRGANO DE LA ASOCIACIÓN DE MAESTROS DE ESTA PROVINCIA

REDACCIÓN: Unión entre 6 y 8

ADMÓN: S. P. Nolasco-7

DIRECTOR.

EL SR. PRESIDENTE DE LA ASOCIACIÓN

Precio de suscripción:

9 pesetas anuales

Este periódico se reparte gratis á los asociados

SUMARIO: SECCIÓN DOCTRINAL: Reformas urgentes en la primera enseñanza, III, por F. Bello.—¿Vacio ó vacío?... por A. Ferrer.—Sin vocación y sin escuela, por M. García Sánchez.—La gran lección, (conclusión), por Ada M. Elfein.—SECCIÓN PROVINCIAL: Extracto del acta de la sesión celebrada por la J. P. de I. P. el 26-III-08.—SECCIÓN DE NOTICIAS: De la Provincia.

SECCIÓN DOCTRINAL

REFORMAS URGENTES

EN LA PRIMERA ENSEÑANZA

III

El Magisterio

Si tuviéramos los españoles un alma con las vibraciones pedagógicas de norte-americanos, suecos, noruegos, alemanes .. no importara predicar; por imperfectas que fuesen las instituciones escolares, por grandes que tuvieran los defectos, pasaría por sobre todo el influjo de tales vibraciones y se elevarían ante todos ejemplos honrosos, pidiendo imitadores, á semejanza de los últimos que dió nuestro ejército cuando destrozado, aniquilado por las epidemias, el hambre y el des-gobierno, sintió, no obstante, en sus venas estremecimientos, ecos de la sangre noble y generosa de una raza que dejara en la Historia señales imborrables.

Cuerpos débiles, abatidos, extenuados, pueden hacer cosas grandes cuando el alma que encierran, siente el fuego sagrado de una idea, de una doctrina. Por eso, á pesar de lo que dicen de razas caducas, crearíamos nosotros que nada representa la decadencia física de un pueblo cuando sabe leer en su pasado, cuando recuerda sus glorias, si no fuera porque, acaso, dicha decadencia, arrastre fatalmente tras de sí esa otra, mu-

cho más triste, mucho más honda. Sin embargo nos queda todavía la esperanza de que si este cuerpo flaco y exiguo conserva algo de nervio, pueda aún levantarse con la energía noble de D. Quijote cuya alma ardiente, todo idea, quiso resucitar una edad entera ya pasada.

Ese es el mal terrible de nuestro magisterio: sin ideas, sin anhelos, sin energías, dejan arrastrar impávidos y despreciables, hacia un fondo oscuro y silencioso, los destinos de una nación. Mal incurable porque no parece sino que se dedican á esta carrera todos los pusilámines, los desheredados, sin fuerzas, sin aspiraciones y hasta inconscientes de su poder como maestros.

O se desechan esos que acaban siempre por hacer comercio, deshonorando tan elevado sacerdocio, de la educación, de la instrucción y hasta de la honradez y dignidad; ó desechamos tales maestros ó jamás habrá pedagogía en España; porque un hombre cualquiera hace más por su representación que por sí mismo y esos no llegan nunca á tener representación alguna. Metidos por entero en la taberna y en la política, entendida á su modo, son arrastrados por la ola inmunda del interés y no dejan más que estelas de desprecio. Predican con el ejemplo. Esclavos de sus miserias, no pueden tener nunca voluntad propia y clara. Hay veces que se hallan constantemente sometidos á otros por la obsesión de un influjo maldito; esto debe evitarse cuidadosamente desde un principio, porque de esos seres apocados, llenos de debilidad, de miedo, se forman más tarde los autores de las grandes maldades; sujetos al imperio de cierta persona, atraído por el vigor de una idea—casi siempre mala—ejecutan todo cuanto se les

designa, todo lo que piensan, no por malos instintos, únicamente por sumisión, por falta de fuerzas, de voluntad para apartarse de ese fatal designio. ¿Cómo va á ayudarles un maestro sujeto á la misma fatalidad?

Si estos hombres tuvieran un ideal, nada más pediríamos, pues raras veces un ideal santo llega á mancharse; pero como desgraciadamente no lo tienen, carecen de todo noble arranque, son tantas las cosas que pediríamos de buena gana, que nos contentaríamos sólo con decir á los que piensen como nosotros: Procurad corregirlo, purificarlo, y si no lo conseguís, huid de ellos, que solos, abandonados, sin apoyo sientan las consecuencias de su falta. Pero antes debemos comenzar por purificarnos á nosotros mismos; todo el que con tranquilidad de conciencia y serenidad de juicio mira hacia adentro, ve siempre, ineludiblemente, alguna mancha más ó menos oscura, más ó menos profunda. Entonces con un pequeño esfuerzo se la limpia. Pero hay ciertas faltas por su naturaleza, llenas de conformidad con nuestros defectos de seres terrenales, que, por lo mismo, escapan la mayoría de las veces á las más perspicaces y sinceras observaciones. Esas son las que debemos desterrar. Lo malo es que al hombre orgulloso por naturaleza, le desagrade generalmente la crítica ajena, cuando pincha sobre todo en lugares delicados y en especial nosotros, como tales y como maestros, nos sentimos doblemente ofendidos cuando vienen á molestarnos en nuestro tranquilo retiro espiritual, gozando de aquella gran esperanza: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.*

La mancha más grande y la única á la que nos referiremos en particular, por su doble carácter, es una mezcla de orgullo y envidia que no sabemos como calificar y que de buena gana llamaríamos pseudo-personalismo, porque, en efecto, es el resultado de una falsa, pero muy falsa idea de personalidad.

Desde el momento que puestos en funciones, nos vemos ungidos con el óleo santo del Magisterio, teniendo como tenemos, no obstante nuestra mansedumbre, la nación entera bajo nuestras manos, nos juzgamos héroes legendarios de vastos dominios, libres de ostracismos vergonzosos y capaces

para regenerar toda la humanidad si sumisa y humilde viniera á cobijarse al amparo de nuestra férula; prescindiendo para ello en absoluto de nuestros compañeros y sumiendo nuestras almas en una pagana egolatría. De ese modo llegamos al extremo innoble de posponer á nuestro orgullo el más sagrado de los deberes entre profesionales: el compañerismo. Maestros hay que ponen todo su empeño —y en estos casos os aseguro que no son pobres de espíritu— en exteriorizar y poner bien de manifiesto cualquier defecto que tenga un nuevo alumno, achacándolo, aun á veces contra toda justicia, al método pedagógico de su antecesor, sirviéndose de ello para hacer un panegírico de sus excelentes procedimientos educativos, levantando su figura sobre un pedestal glorioso. Rara será la persona que tras una larga carrera profesional haya podido sustraerse á la acción remanente de este placer.

Cuando hayamos, pues, purificado nuestro espíritu, cuando hayamos desechadas todas esas mezquindades vergonzosas, entonces, habrá llegado la hora de obrar, tendremos el momento adecuado para comenzar de firme una obra formal y venturosa. Cuando haya llegado ese momento supremo, entonces, es necesario más fuego, más fé en la lucha..... Si no ponemos en ella toda nuestra alma absolutamente nada conseguiremos contra el enemigo terrible; la ignorancia.

La Religión nos lo muestra claramente. Con aquella fuerza que le da la fé, viva y ardiente, esta fuerza que la ha extendido por todo el mundo, lleva á cabo su obra con ardor admirable, lo mismo en los grandes y magnos trabajos de misión como en los, al parecer, nimios y pequeños detalles de educación religiosa en la infancia.

Merced á esa solicitud incansable, paternal, á los 7, 8, 10 y hasta 12 y más años recuerdan aun los niños algunas máximas morales y saben perfectamente de memoria y «explican» cualquier trozo del Catecismo, aprendiendo facilmente lo que hayan olvidado pues les *gusta más que los otros libros*; palabras históricas. Ayudados por el influjo materno llevan tan felizmente á cabo su obra regeneradora, y si bien la Religión Cristiana es la obra suprema del mundo,

con su origen celestial, obra que se apodera de las almas con efluvios divinos de amor y paz; obra que no necesitaría tanto ardor en sus propagadores para extenderse por sí sola; obra que enciende los corazones con fuego sagrado; que no puede compararse con las nuestras, invisibles junto á ella, como obra de Dios, no desesperemos: si Dios hace tales obras, el hombre, *imagen* de Dios puede muy bien hacer obras que sean imagen de las divinas. ¿Y no ha de serlo la de educación universal cuando á su falta se debe tanta irreligiosidad? ¿No ha de bendecir Dios obra tan humana, al par que divina como obra que tiende á El?...

Pues bien, lo mismo que hacen *ellos*, podemos hacerlo nosotros; que nos falta el apoyo paternal; nuestra es la culpa.

Si no hubieran ellos educado en sus máximas saludables á los padres cuando solo eran hijos... tampoco lo tendrían. Imitemos su obra dando en las raíces; no alcanzaremos *hoy* el auxilio codiciado, pero *mañana*, cuando saneados los órganos vitales suba la savia ardiente y pura, cuando los hijos de hoy sean padres á su vez, entonces habrá llegado para nosotros, amantes de la patria, la aurora azul y grana de la esperanza.

FRANCISCO BELLO

Lluchmayor-diciembre-1907.

¿VACÍO Ó VACIO?....

Hace poco más ó menos unas dos semanas que veíamos acercarse dos corrientes opuestas, dos opiniones distintas y encontradas, dos grupos de escolares que se estaban preparando una lucha prosódica, que más tarde debía degenerar en discusiones serias y de alguna trascendencia. De estos grupos escolares, unos pertenecen á las escuelas de los Hermanos de la Doctrina Cristiana y los otros á la escuela de nuestra humilde dirección.

Pronto nos sorprendió una pregunta de uno de nuestros discípulos, sobre si la palabra *vaciar* debía ser bisílabo ó trisílabo acentuado en la vocal débil; ó sea, si debía pronunciarse *vacío* ó *vacio*. Cumpliendo el deber que se nos está confiado de educador

de la inteligencia y demás facultades de nuestros alumnos, recordando muy bien las reglas prosódicas y ortográficas que la Real Academia de la lengua española claramente nos da; y por otra parte auxiliado por los cortos conocimientos de la lengua, adquiridos durante los diez y ocho años de práctica que llevamos en la enseñanza de la misma, pronto y sin titubear un instante, contestamos á nuestro alumno que, debía pronunciarse *vacío* y no *vacio*, que debía ser trisílabo acentuado en la vocal débil y no bisílabo sin acento.

Noticiosos más tarde de la ruidosa oposición que se hacía á nuestras afirmaciones, y que eran objeto de muchos comentarios, allá en las aulas del ex-convento, no ya por grupos escolares, sino por otros que se precian de algo más, recurrimos de nuevo á la Real Academia Española para extractar de ella aquellas reglas y enseñanzas que tratan nuestra cuestión, con el fin de darlas á la publicidad y para que de ellas se enteraran nuestros lectores. La Real Academia, pues, entre otras cosas dice lo siguiente: El encuentro de las vocales fuertes y débiles, la acentuación con que en la cláusula se diferencian unos vocablos de otros de igual estructura y la formación de las voces compuestas, dan motivo á las siguientes excepciones y explicaciones. En las voces agudas donde haya encuentro de una vocal fuerte con una débil acentuada, ésta llevará el acento ortográfico. V. Gr. país, raíz, Saúl etcétera, etc. Las voces llanas terminadas en dos vocales se acentuarán si la primera de estas dos vocales es débil y sobre ello carga la acentuación, vaya ó no seguida de *n* ó *s* final. V. Gr. poesía, Isaías, continúan, desvarío, etc., etc. A esta última categoría, pues, pertenece la palabra objeto de nuestras afirmaciones ortográficas: y como legítima consecuencia, debe acentuarse en la vocal débil, puesto que así desaparece el diptongo, formando éste dos sílabas para construir el trisílabo acentuado, ó sea *vacío* que para mayor claridad señalaremos separadamente las sílabas resultantes por la acentuación ortográfica diciendo: va-cí o.

No satisfechos todavía de lo que llevamos dicho, y temerosos de que alguna innovación prosódica pudiera alterar los conceptos expresados, encontrándonos en Pal-

ma en busca del auxilio médico, para la dolencia que hace tiempo nos molesta, creímos prudente consultar nuestro cometido á los ilustrados profesores D. Miguel Porcel Regente de la Escuela práctica y á D. Bartolomé Terrades maestro de una escuela pública de la capital, y ambos y sin reparo alguno, confirmaron y hasta corroboraron cuanto llevamos ya expuesto.

Deseosos todavía de otras pruebas que fuesen el complemento y casi argumento irrefutable en nuestra causa, apelamos también á nuestro amigo Sr. Llobera de Palma, maestro distinguido y Director de un Colegio de enseñanza privada, para que se dignara consultar nuestro asunto á su padre político D. León Carnicer, ex-catedrático del Instituto General y Técnico, señor competentísimo en asuntos prosódicos y en otros conocimientos poco vulgares. En efecto la respuesta no se hizo esperar, así es que pronto consignó en una tarjeta su opinión en estos términos: «*Vaciar*. Sus primitivos y derivados como el vacío o, cosa vacía, etc. L. C.» Luego el Sr. Carnicer la clasifica también como trisílabo acentuado en la vocal débil.

Con esto parécenos haber probado plenamente y hasta la evidencia que debe pronunciarse *Vacio* y no *Vacio*, como alguien pretende.

Tocante á la parte contraria que sostiene debe pronunciarse *vacio* y no *vacio*, seguramente fundará sus razones en la lección 55 del Tratado de Gramática castellana por G. M. Bruño, quien en la página 91 y número 231, (observaciones sobre algunos verbos) dice lo siguiente: «de los verbos terminados en *iar*, unos diptongan la radical con la vocal siguiente; de *vaciar*, se dice *vacio* y no *vacio*.» Esto no basta para que respetemos sus apreciaciones más ó menos vagas y abstractas, es necesario, vengan razones con argumentos que nos convenzan si quiere que acatemos después sus afirmaciones y reglas prosódicas.

Ahora bien, séanos permitido preguntar, antes de terminar nuestro sencillo trabajo; ¿valdrá más la opinión de un solo gramático, nada significará el dictamen emitido por los profesores mencionados y particularmente la opinión respetable del venerando anciano y competentísimo Sr. Carnicer,

ante cuya autoridad prosódica inclinan la cabeza aquellos que pretenden ser competentes en asuntos prosódicos y ortográficos?

Finalmente, ¿tampoco tendrá autoridad alguna la Gramática de la Real Academia, declarada texto único y obligatorio en los centros de enseñanza oficial, siendo sus autores un núcleo de peritísimos literatos, honra y prez de la nación española, como son: Menéndez Pelayo, el P. Mir, el excellentísimo Sr. Maura y otros á quienes incumbe velar por la corrección y pureza del lenguaje nacional?

Terminemos, pues, confesando que no nos mueve el deseo de presentarnos como polemistas, nada de ello; aspiramos á hacer luz que ilumine las inteligencias, puesto que sin esta luz bienhechora, no nos cabe duda, es trepar por la escabrosa senda del error y de la ignorancia.

ANTONIO FERRER.

Sóller 24 I-08.



FILOSOFÍA Y PEDAGOGÍA

Sin vocación y sin escuela

El maestro nuevo no se forma ni comprueba en un exámen; se va *coagulando* poco á poco con el sudor y la experiencia de los maestros viejos.

La obra es tan modesta como grande y meritoria; veamos como la Naturaleza teje sus maravillas á expensas de los humildes: no pidáis á la *discreta* y *solicita* abeja, mieles y panales en un momento; ni al gusano de seda, lindos capullos en un instante; ni á las escondidas ostras oceánicas, perlas en un día; ni á los corchos lapídeos, corales en un segundo; dad tiempo y dejad que obren las leyes, el destino y la suficiencia.

La aprobación de ciertos estudios, hechos sin relación ni práctica conveniente, exige un formulismo obligado fuera de toda obra posible y de todas las realidades.

Decidir y afirmar, en unos cuantos minutos, sobre múltiples competencias prácticas (religión, letras, ciencias, artes, trabajos manuales, etc.), es cosa difícilísima: no hay

sino juzgar el conjunto; no es posible contrastar, pesar ni medir lo que ven los ojos y oyen los oídos; se calculan los libros futuros y se da el fallo.

Descubrir la llaga es el principio de su curación. Veamos, veamos el modo de estas comprobaciones imposibles, que para nada influyen en criterios razonables, pero que pretenden imponerse como progreso pedagógico:

EXÁMEN PRÁCTICO:

—Díganos el señor aspirante como ENSEÑA la aritmética, y por ella supondremos su modo de enseñar la gramática ó el derecho.

—¿Toda la Aritmética?

—No señor, un puntito: sumar, por ejemplo.

—Pues, DIRÍA á los niños cuántas son 2 y 2; si me decían que 5, yo les diría que 4... y así...

—Pero, señor, ¿y el encérado?, ¿y el contador?, ¿y la intuición?

—¡Ah!... sí, sí; iría al encerado, y traería el tablero de las bolitas... y emplearía la intuición, etc., etc..

Pero vamos á suponer que afinando en el progreso pedagógico, ese progreso que hace exámenes prácticos en un instante (perlas y corales al minuto), presentamos al examinando una sección de niños.

—Explique á estos niños, el señor alumno, el pronombre; y por esta enseñanza juzgaremos lo demás. (Los niños se codean y sonrien maliciosamente.) El novel maestro se dirige á ellos trémulo y vacilante; su sorpresa é impericia constituyen el contento de los escolares; sus paseos y actitudes dan relieve al vistósimo cuadro que representa.

—Niños, *vamos á ver*, ¿qué es pronombre? (Una atinada y juiciosa observación le recuerda que no se trata de examinar, sino de enseñar).

—Niños, pronombre es, etc; se divide en, etc... y estadme atentos, etc.. (endilga, claro es, literalmente media gramática; alguna vez ha tomado actitudes de vendedor de específicos... y termina con el ¿me habéis entendido?).

Si no contáramos con la sabiduría y buen criterio del profesorado, habría que exclamar

con los que han perdido toda esperanza: *Una salus victis nullam sperare salutem.*

MELCHOR GARCÍA SÁNCHEZ,

Profesor de la Normal de Salamanca.

(De *La Imparcialidad*.)

LA GRAN LECCIÓN

(Conclusión)

IV

—Ven conmigo—dijo el maestro dirigiéndose á su pieza: y Juan Pedro le siguió con la cabeza baja, sin un amago siquiera de rebelión. Más que un toro, parecía en aquel momento un enorme perrazo malo que quisiera morder; pero que no se atreviera á hacerlo por sentirse culpable.

El maestro le miró largamente con ojos en los que había más tristeza que enojo.

—¿Fuiste tú?—preguntó.

No obtuvo respuesta; Juan Pedro sólo agachó un poco más su cabeza cubierta de espesa cabellera bermeja.

—¿Por qué?

Silencio.

Entonces el anciano, con un movimiento repentino y brusco, puso la mano en la cabeza del muchacho y le obligó á levantarla.

—¿Tanto me aborreces?—preguntó tristemente, mirándole en los ojos.

Juan Pedro permaneció inmóvil bajo aquel contacto. Don Francisco le soltó y se puso á pasear por la pieza, los ojos bajos, las manos á la espalda, con paso lento é igual.

En la cabeza del muchacho, de ordinario poco dedicado á pensar, una idea había surgido de pronto. El maestro creería que él había querido.... ¡asesinarle!

Sintió la garganta seca y tosió.

—Yo... yo... murmuró en voz ronca.

El anciano se detuvo delante de él.

—¿Qué?—

Juan Pedro tragaba aire, como un pez en seco.

—¿Quisiste quemarme en mi casa?

—¡No!

—¿Entonces?

—Asustarlo, no más.

Eso fué todo lo que habló Juan Pedro aquella noche.

El maestro no apartaba de él la mirada.

—Te creo —dijo tras de un silencio largo.

—No eres malo. Has querido vengarte por algún castigo que te diera, ¿no es así? Sí, ya lo sabía. Los niños creen siempre que el maestro es malo, y lo consideran su enemigo. No ven lo triste y cansado que está, ni que sólo desea que lo quieran y le dejen quererlos á ellos. Yo soy amigo de todos los jóvenes. ¡Si yo también he sido joven!

Juan Pedro le miró; esta idea no se le había ocurrido nunca. Tenía la sensación vaga de que don Francisco había sido siempre así: encorvado, viejo, arrugado, con escaso pelo blanco y lento andar. Vió, ó mejor dicho, sintió de pronto cuánta bondad había en aquel semblante, cuánta nobleza y dignidad en el ademán.

—No hablaremos de este asunto—dijo el maestro.—El fuego se ha producido por un descuido mío, ¿no es verdad?

Le dió un golpecito en el hombro y le condujo hacia la puerta.

—Buenas noches —dijo.

La cara de Juan Pedro mostraba esa expresión de enojo que toman muchas personas cuando se sienten avergonzadas. Tenía la cabeza hecha un torbellino. Ya se había visto en la cárcel por incendiario, convencido de que el maestro acogería gozoso la ocasión de vengarse en el alumno que más le hacía sufrir. ¿Y ahora? Ni una reprensión siquiera; tan sólo palabras de bondad y ternura, que caían como tibia lluvia de primavera sobre su alma, no árida, sólo inculca.

No halló palabras; quizá ni aun las buscó. Permaneció un momento en la puerta, indeciso, y en seguida, sin responder al saludo, echó á correr por la calle silenciosa y oscura.

V

A la mañana siguiente, en el patio de esa escuela, los chicos concertaban una travesura á realizar en clase. Cuchicheaban y reían gozando de antemano con el enojo del maestro, cuando se vieron interrumpidos por Juan Pedro, que les había escuchado hasta entonces sin hablar.

—Oigan —dijo en tono enfático—oigan y acuérdense bien: yo no les permito que hagan ya en clase ruido ni zonceras, ni que incomoden al maestro para nada. El que no haga caso, tendrá que habérselas conmigo. ¿Me han entendido?

Los niños escucharon este sorprendente discurso mudos de asombro.

—¿Y por qué? —preguntó uno.

—Porque sí; porque es un escándalo como nos hemos portado hasta ahora, y porque yo así lo mando. ¿Tienes algo más que preguntar?

Estaba delante de ellos, la cabeza gacha, los ojos chispeantes, en actitud de toro que va á embestir, desafiándoles á contradecirle.

—¡Eh! El mandón... se atrevió á decir uno; pero no concluyó. Juan Pedro ya estaba sobre él, y con sus puños, que parecían martillos, le convenció de la necesidad de hacerle caso. La campana de entrar en clase vino á interrumpirles.

—Ya saben —gruñó Juan Pedro—lo que les espera. ¡Quietos ahora!

Atemorizados callaron. El maestro se sorprendió de tanta compostura y orden. Creía que era el silencio que precede á la tormenta, y nervioso, vigilaba á sus muchachos. Estos lanzaban miradas oblicuas hacia Juan Pedro, convencidos de que pronto daría, como de costumbre, la señal de comenzar el alboroto. Pero no hubo tal. «El Toro» se estaba quieto en su asiento, y con la cabeza ya á un lado, ya á otro, con las cejas fruncidas y la punta de la lengua asomando entre los labios, se esforzaba en imitar en su cuaderno las letras del maestro. De cuando en cuando paseaba en torno suyo una mirada que parecía decir: ¡Mucho cuidado! y ante ella todas las cabezas se bajaban. En cierto momento estalló un tumulto en un rincón. El maestro acudió, pero Juan Pedro ya se le había adelantado y restableció el orden con su sola presencia.

—Siéntate, Pedro Juan—ordenó D. Francisco, y con asombro general de los demás, el muchacho obedeció sin réplica. Comprendieron entonces que la cosa iba en serio; y atemorizados, quizás también sugestionados por el ejemplo de su jefe reconocido, se mantuvieron quietos.

Pero el maestro había comprendido de pronto. Una expresión curiosa pasó por su

rostro. Parecía una sonrisa; pero en la contracción de los ángulos de su boca y en el brillo húmedo de sus ojos, un observador más perspicaz que los niños, habría quizás leído algo más.

La clase trascurrió en el orden más perfecto. Y ¡cosa curiosa! A pesar de ello, los chicos no se aburrían. El maestro pudo, por primera vez, desplegar las dotes de su cerebro y de su corazón. Halló palabras, miradas y gestos que cautivaron á los niños: logró hacerles sentir, pensar y vibrar. A ellos les parecía otro, ni ridículo ni tonto. Las lecciones adquirieron de pronto interés, las cuentas «salían» por sí solas y el libro de lectura reveló atracciones insospechadas. Dos chicos expresaron lo que sentían con este curioso diálogo:

—Hoy no hubo diversión.

—Si, pero fué lo más divertido.

VI

Los alumnos de don Francisco no se convirtieron en angelitos de un día para otro. El mismo Pedro Juan reincidió más de una vez; pero eso fué efecto de la turbulencia propia de la juventud, y no ya, como antes del deseo de mortificar al maestro. Este experimentó en su escuela íntimas alegrías. Logró conquistarse á los niños; tuvo la satisfacción de que el general Belgrano, en una visita realizada á la escuela, se manifestase muy contento del estado de adelanto de los alumnos; y tampoco le faltó aquella de hallar entre éstos, inteligencias brillantes que andando el tiempo esparcieron la luz de su saber y su virtud por los ámbitos de la República.

Una íntima amistad le ligó con Juan Pedro hasta el fin de sus días. De todas las enseñanzas, de todas las lecciones distribuidas por el viejo maestro, aquél había recibido la más grande, la más solemne, la más noble: y no la olvidó jamás.

ADA M. ELFLEIN

(De la *Revista de Educación*).

SECCIÓN PROVINCIAL

JUNTA PROVINCIAL
DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA DE BALEARES

Extracto del acta de la sesión del día 26 de marzo de 1908.

Bajo la presidencia del Sr. Gobernador y con asistencia de suficiente número de vocales se abrió la sesión, leyéndose el acta de la anterior que fué aprobada.

Enteróse la Junta:

De que el maestro de Fornalutx da cuenta de haber hecho entrega de la escuela de Bañalbufar.

De que el Rector de Barcelona accede á la solicitud de la maestra del Coll d'en Rebassa pidiendo encargarse de nuevo de su escuela, y de haberlo esta verificado.

De que se ha concedido la jubilación por edad á doña Margarita Viñas, maestra de Andraitx, y á la maestra doña María Moll y Pons.

De que el médico de Andraitx dice haber visitado aquellas escuelas, habiéndolas encontrado en buen estado.

De que ha tomado posesión con fecha primero del actual la maestra de las Salinas doña Andrea Juan.

De que han cesado en el desempeño de sus escuelas la maestra de Fornells y el maestro de San Juan Bautista don Sebastián Bagur.

De que el Gobernador de Barcelona remite documentos para que sean entregados al maestro de Biniamar.

De que ha tomado posesión la maestra interina de la escuela de Felanitx doña Margarita Noguera, con fecha 10 del actual.

De que el Alcalde de Felanitx remite informados los presupuestos de las escuelas de niñas segunda y de Ca's Concos.

Se acordó:

Elevar á la Superioridad el informe de la Junta local de Mahón acerca de las condiciones de don Antonio Juan y don Juan Socías.

Haber visto con agrado que la maestra de María desde que tomó posesión de su escuela tiene abierta clase gratuita para adultas con beneplácito de la Junta local y que le sirva de mérito en su carrera.

En vista de una comunicación del Subsecretario, se acordó cumplir el R. D. de 7 de febrero.

Remitir al Rectorado de Barcelona relación de maestros y maestras para formar el tribunal de oposiciones.

En vista de que el maestro de Randa pide autorización para que en su escuela practique un aspirante al Magisterio, se acordó que no es competente la Junta para tomar acuerdos sobre el asunto.

En vista del informe del Arquitecto de provincia sobre el local destinado á escuela de niñas de Alcudia, se acordó que se oficie al Alcalde á fin de que manifieste si se han hecho las obras que ordenó el arquitecto y si se han realizado, aceptar el local.

Se aprobó la provisión interina de algunas escuelas.

En atención á lo preceptuado en el artículo 17 del R. D. que dispone la celebración anual de una fiesta escolar para repartición de premios, se acordó dar un voto de confianza al señor Gobernador para que le dé cumplimiento en el tiempo que juzgue más oportuno.

Al efecto convocará á las personas que tienen que intervenir en dicho acto para tratar de los preparativos.

Y se levantó la sesión.

SECCIÓN DE NOTICIAS

De la Provincia

En el semanario *Sóller* ha sostenido en una serie de artículos una interesante polémica nuestro estimado compañero el maestro público de aquella localidad D. Antonio Ferrer sobre la pronunciación de la palabra **vacío**, que alguien enseñó y sostuvo que debía pronunciarse *vácio*.

Comenzamos hoy la reproducción de los escritos del Sr. Ferrer pues nos parece que han de ser leídos con gusto por los Maestros, quienes corresponderán el alcance que entrañaba la discusión y no dejarán de aplaudir la actitud del Sr. Ferrer y su triunfo.

Han sido designados por el Sr. Alcalde de Palma para formar parte de la J. L. de

primera enseñanza de esta ciudad D. Bartolomé Terrades y D. José Llobera en concepto de Maestro público y Maestro privado respectivamente.

Dichos señores ocupaban el primer puesto de la terna elevada por sus compañeros.

Para las vacantes de las escuelas de niños de Pina, Moscarí y Bañalbufar han sido propuestos como Maestros interinos los Sres. D. José Roselló, D. Francisco Beltrán y D. Jaime Morro respectivamente.

Para las escuelas de niñas vacantes en Randa y Deyá han sido propuestas como maestras interinas D.^a P. Ferrer y D.^a María Vivó.

Deben quedar vacantes la de niños de Biniamar y la de niñas de Fornells, ambas con 500 pesetas.

Ha sido concedida jubilación á D.^a Margarita Viñas maestra de Andraitx y á doña María Moll de San Clemente.

OBRA NUEVA

Fragmentos para dictado y

Lectura explicada

por

M. PORCEL Y RIERA

(Grados elemental, medio y superior)

2.^a edición

Editada en tamaño más manejable, se ha puesto á la venta la 2.^a edición de dicha obra esmeradamente corregida. Está preparada para evitar al Maestro la molestia de escoger párrafos para dictar, y la gran diversidad de conocimientos que comprende la hacen propia para lectura comentada, enciclopédica y verdaderamente instructiva. — Ejemplar encuadernado 1'25 pts. en las principales librerías.

Tip. de B. Rotger